

BALADA DE GAMBERROS
Francisco Umbral, 1965

PALABRAS DEL AUTOR

“Es mi primera novela y, por lo tanto, una novela corta. Al escritor nuevo se le suele quedar corto el material. La novedad es impaciencia y la impaciencia lleva a resumir. Es una novela convenientemente troncada y me la publicó Cela en *Alfaguara*, año 1965. La escribí en un pequeño apartamento de General Oráa. Por las mañanas hacía yo periodismo, luego comía en un tabernón de albañiles y después de comer escribía tres o cuatro folios de mi *Balada*. Aún gravitaba sobre mí el socialrealismo de lustros, solo contrarrestado por la lectura desodorante de Henry Miller y los beats. Esas son las fuerzas encontradas que hay en *Balada*: un intento de escritura en libertad.

Francisco Umbral, Madrid julio 1980.

ENTREVISTA

P. En *Balada de gamberros* describes a los personajes desde el exterior. El narrador no capta a los personajes en sus pensamientos, no especula sobre la intimidad de los personajes. Deja que se muevan y hablen ellos solos.

R. Yo creo que los personajes se deben explicar por lo que hacen, por lo que hablan, por su conducta. Me parece más serio que el lector se imagine al personaje, lo deduzca, como en el cine, a que se lo des hecho.

P. Eso está muy cerca del *behaviourismo*.

R. Me parece más puro en novela que el personaje se explique a sí mismo. En el cine, ya te digo, sucede así.

P. El narrador de *Balada* es mucho más frío y distante que el de *Travesía de Madrid*.

R. *Balada* es una novela realista, donde el narrador no existe, no pinta nada. Los personajes se definen por sí mismos. Y *Travesía de Madrid* es todo lo contrario: es toda la especulación mental en la cabeza de un tío.

P. *Balada* empieza con una pelea entre dos bandas juveniles. Un muchacho rompe el hielo del río y se ahoga. Termina la novela con un beso del protagonista a Estrella, la bizca, en el retrete del tren. El comienzo y el final son muy cinematográficos, ¿verdad?

R. Pues sí. Otra novela sobre la que podían haber hecho una película. Estrella era una chica preciosa, y era bizca. El defecto completaba su belleza. Yo tenía por contar todo ese mundo de Valladolid. Era el arranque de una saga, que diría un pedante.

Por Eduardo Martínez Rico, Mayo 2000

RESUMEN

Narrada en primera persona por un adolescente de provincias que ni estudia ni trabaja. Con su grupo de amigos entabla peleas con sangre derramada y algún muerto. Tiene quince años y su mayor preocupación es no haber pasado con las chicas del beso y el magreo. Una

solución podrían ser las extranjeras viejas que buscan gente joven, pero le repugna. Otra, la violación en grupo: por un asunto de venganza, seis payos secuestran a una gitana de doce años y la violan uno tras otro. El narrador está entre los secuestradores, pero no participa en el acto de fuerza. Puede seguirse el argumento mediante los recortes siguientes:

El río se helaba todos los inviernos. Y surgía entre ambas orillas un blanco campo de batalla (...) Una mañana, sin saber cómo, volví a encontrarme luchando junto a los chicos de San Lorenzo, en mitad del río helado. Los zagales de la orilla de allá se replegaban hacia sus arboledas (...) Nuestras piedras se concentraron en una sola dirección. Un último enemigo (...) De pronto, el perseguido se desplomó de espalda y la capa de hielo crujió sordamente. El chico había desaparecido de la superficie (...) se había ahogado.

El río se deshelo a los pocos días (...) —¿Alquilamos una barca, Dupont? (...) Otras barcas cargadas de chicos salían pronto a nuestro encuentro. Había peleas con los remos en alto y violentos encontronazos de las embarcaciones (...) Se luchaba por el dominio absoluto de las aguas (...) Tan sólo una pareja de novios se mecía en su bote idílicamente (...) Rodeamos con nuestras barcas el romántico bote (...) Iniciábamos una especie de ritmo guerrero golpeando con palos o con los zapatos en la mano sobre las maderas de las embarcaciones (...) Remamos tras ellos y nuestro ritmo guerrero (...) les fue escoltando hasta cerca del embarcadero.

Un par de barcas cargadas de chicos surgió de debajo del puente. Primero fue la guerra a distancia. Pero pronto se acabaron las pocas piedras que llevábamos unos y otros. Luego, el cuerpo a cuerpo y los golpes de remo, con las barcas unidas por los costados (...) Me hubiese gustado estar allí a solas con una chica, y trataba de concretar mentalmente qué chica (...) no una chica cualquiera, no la sobada y resobada mascota de una banda (...) Había que elegir bien la chica, porque el alquiler de la barca durante una hora eran dos pesetas (...) Primero, uno la había abrazado por las esquinas de su barrio o en los bancos del parque. Si la cosa iba bien, se intentaba lo del río. Eran dos pesetas al agua. Pero la que se dejaba llevar allí, a la soledad y el incógnito del río, a la encerrona sin salida de una barca, sabía a lo que iba a exponerse.

—Cerca de la presa hay unas chicas bañándose (...) Me arranqué la ropa y salté al agua en calzoncillos. Otro chico me siguió (...) Dos de ellas se abrocharon rápidamente sus batas sobre los bañadores empapados de agua. La tercera (...) salió lentamente del río, dándonos la espalda, y se quedó al sol (...) —¿Tú te vienes con nosotros? La chica que tomaba el sol se encogió de hombros (...) —¿Queréis dejarme en el segundo embarcadero? (...) Amalia nos había desconcertado un poco a los cuatro. Al llegar al segundo desembarcadero, decidí, repentinamente, desembarcar con ella. —¿Tú también vives por aquí? Me encogí de hombros (...) Antes de llegar arriba, empujé suavemente a Amalia hacia los árboles que se alzaban a la izquierda (...) Amalia se dejaba abrazar, riendo, se dejaba besar (...) Sus tímidos senos, su pequeño vientre, sus hombros movedizos y breves. Quise tenderla en el suelo, pero echó a correr (...) Fuimos cogidos de la mano hasta el gran portalón de su casa.

Berto tenía dieciocho años (...) Alguna tarde, a última hora, nos reuníamos en el mercado de frutas, ya cerrado, en torno de Berto, casi una docena de chicos (...) Decidido a ganar dinero, mi dinero, acudí durante unas cuantas mañanas al mercado de fruta, no para merodear y llevarme las piezas al descuido, como había hecho en otro tiempo, sino para trabajar a las órdenes de Berto (...) Aquello era agotador y, además, aburrido (...) Aquella gente del mercado era tan necia que vivía feliz (...) Pronto dejé de ir al mercado.

A la novia de Berto quieren casarla con un gitano (...) —Ella no dice nada. —Le tiene miedo a la navaja del viejo. —Y a la navaja del gitano (...) El plan era acudir en grupo al barrio

de los gitanos y buscar a la hermana menor de aquel tipo, una gitanilla de doce años, bailaora y un poco golfa, para llevársela secuestrada (...) Éramos media docena de hombres (...) El grupo reculó hasta la acera de enfrente. De la casa llegaban rasgueos de guitarra, palmas y voces gitanas (...) De pronto, se volvió hacia mí. —¿Quieres entrar ahí? Tienes que hacerla salir (...) —Diré que (...) en Capitanía quieren que baile la chica (...) La Olivita era como una serpiente joven vestida de faralaes (...) En cuanto doblamos la esquina, empecé a sentir tras de nosotros la invisible presencia del grupo (...) Dupont, que iba junto al gitano, le retuvo, de pronto, apoyándole su navaja en el pecho. Puse mi mano derecha sobre la boca de la Olivita (...) A Olivita me la arrebataron de entre los brazos. Corrieron con ella hacia el tren que estaba en vía muerta, cargándola como un fardo en uno de los vagones. Desaparecieron todos dentro del jaulón de mercancías.

No había vuelto a ver a Amalia desde el verano (...) Estaba allí, en el escondrijo del Vespa y la Mogumbi (...) La Mogumbi y él organizaban bailes en aquella cueva (...) Dupont volvió al tema de la Olivita (...) —Estuvieron a punto de que les agarrasen los gitanos (...) —Fue una operación asquerosa, creo. Como lo que hicieron los de San Lorenzo con la mascota [Alusión a la conducta de otra banda con otra chica] (...) Encontraron a la gitana en el vagón. Desvanecida. Las tribus de todo el barrio se han juramentado para tomarse la venganza. Está todo aquello acordonado por la Guardia Civil.

. "La gente tiene cosas, Dupont. La gente tiene mujeres (...) Hay que hacer algo" (...) La calle envenena. Cuando uno ha vivido mucho en la calle, lo ha visto todo. Y no tiene paciencia para meterse en una habitación a estudiar un libro, a aprender un oficio. En la calle, parece que está todo al alcance de la mano. Pero si alargas la mano, en seguida sale un guardia (...). "¿Sabes que vamos a ir muy pronto a la cárcel, Dupont? Y sin haber probado a la Olivita" (...) —Yo voy a hacer dieciséis (...) "Pero yo aún no sé lo que es una mujer", me dije (...) Pensé que debiéramos habernos quedado en el vagón de ferrocarril a esperar nuestro turno en lo de la Olivita (...) —En el Hotel Central (...) hay unas viejas que son extranjeras y que vienen buscando gente joven...

Robar hilo de cobre y contadores de agua (...) Fernando llegó con su moto a la hora convenida (...) El almacén de los contadores de agua estaba en un barrio solitario y silencioso a aquella hora (...) Todo era fácil y hasta hermoso (...) Fue echándome los contadores. Uno a uno. Hasta diez. Hasta quince. Luego, los rollos de cobre (...) Dupont me dio el saco y desapareció. Subí a la moto, que arrancó de golpe (...) Fue una carrera vertiginosa contra el viento de la carretera. Cruzábamos pueblos dormidos, puentes, largas llanuras en sombra (...) El Bernabé tenía un negocio de compraventa bastante misterioso (...) Empezamos el viaje de regreso.

Era un café cantante adonde se reunían estraperlistas (...) Berto y alguno de los suyos caían por allí varias noches (...) Aquello acabó siendo algo así como nuestro cuartel general (...) Hasta que un día llegó lo esperado. Festival de jazz en el café (...) La gente esperaba aquello desde hacía mucho tiempo (...) El sexteto fue acogido con una ovación electrizada (...) Empezamos a bailar por parejas (...) Mi pareja era una chica con cara de estudiante (...) Se movía frenéticamente. El rock la había poseído (...) Yo no tenía nada que ver con ella. Éramos como dos planetas de distinto sistema (...) De pronto, empezaron a volar sillas por el aire (...) Una docena de chicos y chicas invadió el tablado (...) El delirio destructor. El paroxismo. Se desprendían de las paredes lámparas y espejos. La multitud estaba enloquecida. El rock se agigantaba. Una chica lanzó un grito histérico de pájaro antes de caer desmayada. Luego otra. Y otra (...) Había que saltar al otro lado del mostrador. Derribamos las botellas los anaqueles. La gran plataforma de la cafetera. Advertí, de pronto, que una multitud me rodeaba y repetía mis movimientos (...) Dos estudiantes muy jóvenes hacían el amor debajo del mostrador (...) Empezaron a entrar

policías (...) Reconocí a Dupont. Tiré de él hacia un rincón. Poniendo una mesa encima de otra, alcanzamos el tragaluz del techo. Rompí el cristal con la cabeza y los trozos me llovieron a lo largo del cuerpo. Escapamos por allí, saltando a un callejón.

Los editoriales de todos los periódicos se ocupaban de nosotros. "Alarmante brote de delincuencia juvenil en nuestra vieja ciudad." "En el extranjero les llaman *teddy-boys*, *blouson noir*, *fans*, etc. Aquí, en España, se les ha llamado gamberros, pero creemos que no se trata sino de los delincuentes y malnacidos que ha habido en todas las épocas." "Una juventud que traiciona la educación recibida." (...) Pero en España y en nuestra vieja ciudad no queremos *fans*. Nuestra juventud tiene otras figuras históricas y ejemplares a quienes seguir...".

Junto al bar con discos de Sinatra estaba la tienda (...) del padre de José Luis. Una vieja tienda de guantes y manoplas (...) José Luis era un perfecto y simpático canalla con brucas salidas de cretino y mucho esmero para las mujeres. Dejaba pasar los cursos sin presentarse jamás a examen. Una vez se escapó a Mallorca con una italiana. Otra vez se escapó a Alemania con una alemana. De Alemania lo trajeron en camilla, tuberculoso y hambriento. Todas estas cosas le habían dado un prestigio entre la bulliciosa gente de los diecisiete y dieciocho años. Siempre andaba liado con alguna turista del Hotel Central (...) En el almacén había una piragua (...) Todos y todas habían pasado ya por aquella piragua. Únicamente faltaba yo, que siempre había rehusado debutar así, casi a la vista de todos y, quizá, con una chica tan inexperta como yo mismo (...) Dupont estaba en el secreto de mi virginidad (...) —Estrella es cosa tuya. ¿Por qué no te la llevas al cuarto de la piragua? —¿Te has fijado que un ojo le bizquea? —Ya. Pero (...) tiene un cuerpo precioso (...) Muchos le deben haber hecho ascos al ojo, y por eso está la niña nuevecita (...) Las reuniones en la guantería se prolongaron a lo largo de todo un otoño y todo un invierno (...) Yo seguía esperando la ocasión de mi debut (...) Todavía el rito sexual conservaba para mí un prestigio mágico.

Algunas noches, los fanáticos del rock entraban en trance y nos contagiaban a todos (...) Rock hasta la extenuación. Hasta los gritos y las protestas de los vecinos (...) Con la llegada de la primavera, la guantería empezó a resultar un sitio demasiado caluroso (...) —En la carretera de Barcelona hay una piscina donde se baila por las tardes (...) Diecisiete años. Pronto, dieciocho años. "Vas a llegar a eso que llaman la mayoría de edad virgen y mártir", me decía yo. Una tarde tomamos el tren de cercanías dispuestos a conquistar aquella piscina de la carretera de Barcelona. Estrella procuraba viajar siempre a mi lado (...) Nos bajamos del tren en un apeadero y cruzamos los campos hacia la carretera (...) Éramos mala gente y lo sabíamos, y esto nos llenaba de ardor y de música. Hasta que un guarda gritó a lo lejos (...) Yo corría llevando a Estrella de la mano (...) Llegados a la carretera, contuvimos a pedradas el avance de nuestros perseguidores (...) —¡Hay que parar un coche! Mientras unos arrojábamos piedras, otros cubrieron la carretera, deteniendo al paso un amplio descapotable. Saltamos al coche en enjambre. Berto se había hecho con el volante (...) La familia de turistas que viajaba en el descapotable nos increpaba en español. —¡Gambegos! ¡Gambegos! (...) Al regreso, en el tren de cercanías, Dupont, Berto y yo nos encerramos en un retrete y fuimos arrojando a la vía, durante el viaje, el espejo, el lavabo, la jabonera, la tapa del sumidero... Estrella cantaba en la ventanilla de al lado. Salí del retrete y la besé en la boca, cerrando previamente sus ojos con la palma de mi mano.